

# Un Apóstol Social

N. de la R. — SIC acogió en sus páginas con singular complacencia estas notas biográficas sobre el meritísimo Padre Jorge Fernández Pradel. Con ello proporcionamos a los historiadores del movimiento social-cristiano en el siglo XX, un informe valioso. Los autores europeos, sin excluir el excelente texto La Doctrina Social de la Iglesia, de C. van Gestel, ignoran, casi por completo, a los precursores del movimiento social-cristiano en América Latina: Monseñores De Andrea y Franceschi, en Argentina; Leopoldo Brentano, S. J. en Brasil; J. Fernández Pradel y Fernando Vives, S. J. en Chile; Campoamor, S. J. en Colombia.

Es cierto, que para ser precursores, llegaban con retardo entre la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo Anno*. En las últimas décadas han surgido atletas sociales insignes: Tristán de Athayde, Alberto Hurtado, S. J., Vicente Andrade, S. J., y otros tan novedosos como Monseñor Gutiérrez, organizador del núcleo rural modelo de Fómegue (Colombia).

Hay una injusticia —que ha sido manifiesta con España y resulta irritante con América Latina— de ignorar que formamos un tercio del mundo católico y que nuestros afanes merecen un interés de toda la Iglesia.

El movimiento social-cristiano en América Latina, tanto en su manifestación política de los partidos demócratas-cristianos, como en la labor doctrinaria de la Iglesia sigue, en la actualidad, el ritmo de los más avanzados movimientos internacionales.

## El Padre Jorge Fernández Pradel, S. J. (1879 — 1961)

Cuando en la mañana del 20 de agosto de 1952 se efectuaron los funerales del P. Alberto Hurtado, y una enorme masa humana recorrió las 30 cuadras que separan la iglesia de S. Ignacio de la parroquia de Jesús Obrero, junto a la carroza mortuoria, apoyado a veces en ella, marchaba un sacerdote ya blanco de canas, pero que no cedía un momento al cansancio del largo trayecto. El P. Fernández Pradel tenía entonces 73 años de edad. Era el postrer homenaje de admiración, el testimonio de amistad del maestro al discípulo.

Como Hurtado y Vives, Fernández Pradel comprendió el momento que le tocó vivir, sufrió las incomprendiones de los que no compartieron sus ideas, tuvo por ello, que alejarse del país en dos oportunidades, pero jamás claudicó de lo que fue el ideal de su vida de apóstol: la redención del proletariado. Siguió de cerca la marcha de la historia, sin mirar hacia atrás, y vivió persuadido que el progreso social es algo que brota de la médula del cristianismo. Con razón escribía en 1951: "tendremos tanto más sentido social cuanto más impregnemos nuestras mentes y nuestras vidas en el más auténtico cristianismo".

### La preparación del apóstol

Jorge Fernández Pradel había nacido en Santiago el 26 de Septiembre de 1879. Fueron sus padres Don Pedro Javier Fernández y Doña Delia Pradel. Hizo sus estudios secundarios en la sección seglar del Seminario de Santiago. El día de San José de 1899, contando 19 años de edad, ingresó en compañía de su amigo del Seminario, José Tomás Alarcón, en el Noviciado que los jesuitas tenían en Córdoba, Argentina, en la vieja casa de la calle Caseros, y que hasta 1920 sirvió también a los jóvenes chilenos aspirantes a la Compañía de Jesús.

Entre sus compañeros de Noviciado se encontraban entre otros, Fernando Vives y Luis Goycoolea; ambos eran hombres ya maduros. Goycoolea había sido Alcalde de S. Bernardo y Vives se acercaba a los 30 años. El primero falleció con fama de santidad siendo estudiante de teología en España: su vida escrita da prueba de sus relevantes virtudes. Fue el testimonio de Vives a Goycoolea.

Después de tres años de estudios clásicos y dos de filosofía en España, Fernández pasó a Gemert, Holanda, para su tercer año de filosofía. Era el año 1906. En su magisterio realizado en Zaragoza enseñó matemáticas y francés.

En el otoño de 1909 comenzó sus estudios de teología en la casa de estudios superiores que los jesuitas de la Provincia de Campania tenían en Enghien, Bélgica. Esos tres años de teología en el ambiente de los jesuitas franceses fueron decisivos para su inquietud intelectual y su vocación social. Siguió de cerca el movimiento de ideas suscitados por la crisis modernista, las reacciones violentas del integrismo (1) y la fermentación social que precedieron a la Gran Guerra. Aprovechó las oportunidades que le ofrecía Enghien para vincularse estrechamente con los Padres de l'Action Populaire, recién fundada en París. Ganó la amistad, que duraría toda su vida, con los PP. Desbuquois, du Passage y tantos otros pioneros del apostolado social en Francia, quienes le consideraron entre sus más adictos discípulos. Fernández Pradel adquirió en contacto con ellos esa juventud espiritual tan característica suya, que le permitió permanecer siempre abierto a las ideas y soluciones nuevas que los tiempos iban requiriendo. Los años jamás apagaron su juventud espiritual. En el ocaso de su vida, cuando ya las fuerzas físicas no le permitieron el dinamismo de los primeros años, dedicaba todo el tiempo a la lectura de libros y revistas, tales como "La Revue de l'Action Populaire", "Les cahiers d'action sociales et religieuses" y tantas otras que le mantenían al día en los problemas. Lazos sólidos de amistad y de aprecio se establecieron desde entonces entre los compañeros de Enghien, los PP. de la Action Populaire y el joven jesuita chileno. Viejos misioneros de China, los PP. Charvet y Desreumaux entre otros, la primera pregunta que hicieron al autor de estas líneas al llegar a Peking en 1939 fue: "y cómo se encuentra el P. Jorge". Metido dentro del ambiente europeo de ese comienzo de siglo, Fernández Pradel no perdía de vista la patria lejana: fruto de esos años fue lo que él, en la intimidad, más tarde, llamaba "delicta iuventutis", (pecados de la juventud) su obra: "le Chili apres cent années d'indépendance". Sin duda alguna esas páginas sirvieron a muchos para descubrir estos rincones de América meridional. El artículo publicado sobre nuestro país en el Dictionnaire de Theologie Catholique, se basa en gran parte en la obra del P. Fernández Pradel y es casi la única fuente bibliográfica que se cita.

El 25 de agosto de 1912 fue ordenado sacerdote en Enghien. Pocos días más tarde, cruzaba el canal y pasando por Inglaterra se dirigía a Dublin para estudiar su cuarto año de teología en el apacible teologado de Miltown Park. No parece que el peso de la tradición, tan fuerte en la tierra de S. Patricio, hiciera mella apreciable en el novel sacerdote: el verde de los campos irlandeses, los días grises tan fre-

(1) Cfr. su artículo "Integrismo", en MENSAGE, vol. III, Enero-Febrero 1954 p.p. 105-107.

cuentes, la sencilla fe de sus habitantes le sirvieron más bien para meditar y disponerse para la acción que la Providencia le deparaba en Chile. Terminada su teología en Dublín se encaminó hacia el interior del país y en Tullamore hizo su tercera probación.

Con un amplio bagaje de conocimientos teóricos y prácticos adquiridos pacientemente en 14 años de permanencia continuada en el viejo mundo, llegaba a Chile el P. Fernández Pradel en los últimos meses de 1914. Dejaba atrás una Europa convulsionada más por las transformaciones sociales que el conflicto bélico pondría en primer plano, que por el ruido de los cañones y el peso de los tanques. El día de febrero de 1915 hizo en Santiago su incorporación definitiva a la Compañía mediante los últimos votos. Tenía por delante 46 años de intenso apostolado. Chile se encontraba en pleno estado de inocencia respecto a sus problemas internos; en el campo social estaba todo por hacer. El campesinado dormía todavía la apacible siesta colonial. Como la industria se encontraba aún en pañales, apenas existían núcleos obreros en las inmediaciones y dentro de las áreas urbanas. Solamente en las pampas salitreras y en las minas de carbón de Lota y Coronel empezaban los trabajadores a tomar conciencia de su propia miseria, de la explotación de que eran víctimas. La aristocracia bonachona y paternalista que dirigía el país y cuya expresión más típica era el propio Presidente, Dn. Ramón Barros Luco, miraba con olímpico desdén esas arrogancias de los "rotos de moledera".

#### Comienzan las dificultades

Fernández Pradel encontró todavía en Santiago al P. Fernando Vives entregado a la formación espiritual y social de los alumnos del Colegio S. Ignacio y a la reunión de los primeros núcleos de obreros tranviarios. Era la primera tentativa de organizar los obreros en sindicatos. La acción de Vives con los alumnos y con los obreros fue tildada de demoledora y revolucionaria por los elementos reaccionarios que dominaban casi completamente el panorama político y religioso de la capital, y Vives tuvo que tomar el camino del destierro. Se perdía así, por miopía de los católicos, la ocasión excepcional de iniciar el movimiento sindical en Chile bajo la inspiración de los principios cristianos. Fernández Pradel alcanzó a permanecer en Santiago dos años: 1915 y 1916; sucedió al P. Estanislao Soler en la dirección de la Congregación Mariana de Hombres y al mismo tiempo enseñó filosofía, religión e historia en el viejo Colegio de la calle Alonso Ovalle. Su acción no pudo prolongarse más tiempo: las mismas presiones ejercidas para obtener la salida del P. Vives obtuvieron que el P. Fernández Pradel cruzase la cordillera al comenzar el año 1917 y permaneciese hasta 1921 en la vecina república; tres años fue profesor en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe y uno en el Salvador de Buenos Aires.

La semilla había sido echada al surco. La acción de Vives y Fernández produciría, al correr de los años duraderos frutos. Sus discípulos, entre éstos, se contaba Alberto Hurtado, desarrollarían la obra que nadie ya podría detener. Sería la contribución de la Compañía de Jesús en ese momento histórico de Chile a la acción social en unión con otras iniciativas de diversos sectores. El prolongado ostracismo del P. Vives le serviría para seguir más de cer-

ca el movimiento de ideas del período post guerra, para tener informados de él a sus continuadores en Chile y preparar su breve pero intensa labor social de 1931 a 1935 fecha de su muerte. En cambio, Fernández Pradel logró regresar más pronto.

#### Vuelve a la Patria

Su programa de 1921 a 1933 se puede resumir: director de la Congregación Mariana de Jóvenes (fue el apogeo de la Congregación), cátedra de sociología en la Universidad Católica, formación de propagandistas obreros, ejercicios a jóvenes y dirigentes obreros, círculos de estudios sociales, cooperación a las obras que dirigía Mons. Rafael Edwards, círculos de los "lunes" para intelectuales. Dedicaba, en esos años sus "vacaciones" de diciembre a marzo a conferencias, charlas y misiones en las Salitreras de Tarapacá y Antofagasta, que entonces se encontraban en plena prosperidad. Palpó de cerca los problemas de los obreros del salitre y aprovechó la oportunidad para darles a conocer el pensamiento social de la Iglesia. Eran tiempos en que los radicales y comunistas eran prácticamente la única fuerza política representada en el parlamento por el Norte Grande. Varios veranos aprovechó su "tiempo libre" para recorrer detenidamente la zona del carbón. ¡Qué valentía se necesitaba para dar esas conferencias en un ambiente tan hostil! De sus labios escuchamos las peripecias sufridas en esas conferencias contradictorias. Más de una vez fué encañonado con revólveres. Sus contradictores eran aplaudidos y a sus palabras seguía el silencio más profundo. En la noche se le acercaban algunos obreros y estrechándole la mano le decían: "Muy bien Padre! Estamos de acuerdo, pero no lo pudimos manifestar". Conoció de cerca la miseria negra de los pobres mineros de Coronel, Lota y Curanilahue: sus habitaciones insalubres y estrechas, sus horarios diarios de 12 a 14 horas de trabajo, sus salarios miserables. Fernández Pradel de vuelta en Santiago podía hablar de lo que había visto y experimentado de cerca. Fueron esos años, 12 en total, los que marcaron su más intensa actividad. Se encontraba en la plenitud de su vida: de los 42 a los 53 años. Su resistencia al frío (jamás usó abrigo), su salud robusta a pesar de su contextura delgada le sirvió para trabajar sin descanso, para someter tenazmente su vitalidad a las imperiosas exigencias de su inquietud apostólica.

#### Nuevo ostracismo

Pero entretanto las fuerzas de la reacción, las mismas que 20 años antes habían torpedeado eficazmente la acción social del P. Vives, no permanecían inactivas. Pasados los temores socialistas de 1931 y 1932, volvía nuevamente en muchos la nostalgia de los años idílicos cuando los conatos de huelgas se ahogaban en germen, cuando la élite disfrutaba del trabajo de los más. Nuevas presiones, si bien no lograron la expulsión, como lo pretendieron, del P. Vives que acababa de llegar en 1931, obtuvieron el alejamiento temporal del P. Fernández Pradel del panorama chileno. Siete años estuvo nuevamente ausente. Su actividad se concentró a la organización de la Acción Católica, desarrollo de las obras sociales, y obra de ejercicios espirituales a jóvenes y obreros: cuatro años permaneció dedicado a estos trabajos en Colombia, y tres en Perú, Ecuador y Bolivia. Era una experiencia nueva: podía conocer de cerca lo común y específico de los países suramericanos bañados por el pacífico.

## Nueva época

Sin embargo, una nueva época estaba próxima a iniciarse. En 1939, a los pocos meses de instalado entre nosotros el Frente Popular en el gobierno y derrotada en las urnas la derecha económica con su más genuino abanderado Dn. Gustavo Ross, volvía nuevamente a la trinchera social chilena el P. Fernández. Contaba ya 60 años de edad y tendría 20 por delante. Su amigo de toda una vida y compañero de inquietudes sociales, el P. Fernando Vives había ya pasado a recibir la corona de justicia cuatro años antes y sus funerales habían constituido, no sin enorme escándalo de los elementos reaccionarios, una sentida manifestación de simpatía por parte de los obreros. Vives había consagrado su vida con voto a la causa de los trabajadores; caía víctima no tanto de las dolencias físicas, sino más bien de la persecución de los que no quisieron comprender su acción. Duro fue para el compañero de trabajos y de ideales encontrarse ausente en el momento solemne de la vida de su fiel amigo. De regreso a la patria, en los primeros meses de 1939, Fernández tuvo la inmensa satisfacción de palpar que la humilde semilla plantada con tantos sudores y lágrimas 25 años antes en las clases del Colegio, en las reuniones de jóvenes entusiastas y en los círculos obreros había germinado y presentaba sus frutos en sacerdotes decididos —Alberto Hurtado entre otros— y cristianos emprendedores que trataban de comprender y llevar a la práctica las enseñanzas sociales de la Iglesia conforme a las exigencias de los tiempos y los imperativos de su fe.

A pesar de los golpes recibidos y del peso de los años, Fernández Pradel vuelve nuevamente al trabajo lleno de optimismo juvenil. En los escritos de esa época se manifiesta el hombre al día que vibra con los problemas que se presentan y está pronto a la acción. "En Chile, escribía en enero de 1940, cada día se hace más grave el problema social. El hecho está a la vista, el odio de clases crece ante la activa y tenaz propaganda que hace ver la mala distribución de la riqueza, la carestía creciente de los alimentos y vestidos y la imposibilidad de una habitación decente, con los salarios actuales". "Para lograr este objetivo, añade, o sea, la Paz Social, es indispensable que la producción se oriente al bien común y no a enriquecer a unos pocos; que se tienda a que el capital sea remunerado por el trabajo y no a la inversa, como lo es actualmente; que evolucione el contrato de trabajo hacia el contrato de sociedad; que se encamine el crédito a agrupar las riquezas y distribuir las con el fin de facilitar en las empresas y en las actividades un desarrollo útil al bien común". No sólo orientaba; realizaba. Testimonio elocuente de estas realizaciones fueron las cooperativas de consumo y de construcción que fundó y alentó con constancia admirable.

A esas alturas de la vida las fuerzas no le permitieron esas jiras tan intensas en las salitreñas y en la zona del carbón como en sus primeros años. Se sobreponía a la edad, sacaba fuerzas insospechadas y recorría la ardorosa pampa del desierto chileno, en los meses del verano, con verdadero entusiasmo juvenil. Dedicó su tiempo en Santiago a círculos de estudio, formación de cooperativas, poblaciones obreras y otras actividades encaminadas a proporcionar bienestar al trabajador y a crear una conciencia social más fuerte en todos los sectores.

No poseía esa sencilla y cautivadora simpatía de Vives, ni tampoco esa alegría comunicativa de Hurtado.

Fernández Pradel, si queremos sintetizar su personalidad, era un amigo sincero y leal de quien se podía confiar siempre; pero, como hombre más intelectual, la exteriorización de su caridad se manifestaba más bien en la sinceridad de alma y en la lealtad que en otras cualidades exteriores.

## Maestro y Orientador

Fue tajante en la condenación de las estructuras sociales imperantes todavía entre nosotros. Escribía en 1951: "debemos pues al capitalismo, la deshumanización de la economía, salarios insuficientes para la vida del ser humano, inseguridad, trabajo sin alegría, dependencia humillante y obligada incultura. El capitalismo así, condenado por la Iglesia, es el que históricamente ha venido desarrollándose bajo el influjo del liberalismo económico". Y luego concluía con el Cardenal Saliège: "el consentimiento unánime nos asegura que el estado social actual no puede prolongarse. Fundado sobre la primacía del dinero, impregnado de injusticia y egoísmo, es un desorden. El cristianismo no es solidario del capitalismo".

No se quedó en una actitud negativa, de repudio de las estructuras vigentes. Creyó firmemente en la vitalidad del cristianismo, capaz de ofrecer un aporte positivo a los males que lamentamos. "Ni capitalismo, ni totalitarismo comunista, sino "Redención del proletariado". Lo que quiere decir, desaparición del proletariado, esto es, mejor distribución de las riquezas; acceso a la propiedad a todo trabajador honesto, participación progresiva en la organización de la empresa y de la profesión, seguridad social contra los riesgos anormales de la vida obrera". Su labor se señaló más en el plano de las ideas que en el de la acción directa. Tal vez ello se debió más bien al clima de oposición en medio del cual le tocó actuar especialmente en los años de empuje creativo. Sin embargo tanto cuando trabajaba en "La Acción Económica Social" en 1940, como más tarde escribiendo en 1951, aparece en sus escritos el intelectual que señala objetivos bien concretos de acción. He aquí puntos que propone para llegar a una reforma efectiva del panorama social chileno: "creación de un Consejo Nacional económico-social, en el que estén representados los gremios y los grupos patronales de la agricultura, industria y comercio" —este Consejo tendría que elaborar un "Estatuto de Derecho Público de la vida económica y social del país y de cada región". "Junto con este Consejo Nacional se impone una Magistratura económico-social autónoma, pero que cuente con representantes del Ejecutivo y del Parlamento y con técnicos y sociólogos seleccionados". En resumen, termina, "es aspiración del Catolicismo social el obtener una verdadera democracia económica; o sea, un orden económico orientado hacia el bien del pueblo, bajo el control del pueblo".

A pesar de las contradicciones y de los fracasos parciales sufridos, supo conservar un sano optimismo y alegrarse profundamente de los progresos alcanzados. Escribiendo en 1951 señala los avances obtenidos en los 40 últimos años, de los que él mismo fuera testigo: "en la legislación de casi todas las naciones del mundo civilizado vemos que se han incorporado las normas de R. N.— y Q. A. gracias a la actividad de militantes que actúan en sindicatos, organizaciones sociales, etc." Entre las conquistas obtenidas señala: el

derecho de asociación y huelga, el salario mínimo familiar; el descanso dominical, la limitación de las horas de trabajo, la reducción del trabajo de las mujeres y niños, la seguridad social, el establecimiento de contratos colectivos y consejos de administración.

Vivió adelantado a su época. Jamás descansó en los laureles alcanzados. Su alma inquieta le hizo mirar siempre el porvenir y analizar serenamente la realidad presente. "Examinemos, escribía en 1951, nuestra sensibilidad social. Es un hecho que mientras más pobre es nuestra sensibilidad, más hincapié hacemos en las deficiencias de las clases proletarias. Ante una reivindicación económica, ante una huelga, no miraremos si es justa o no; en cambio haremos resaltar las angustias de los industriales y la inconciencia del trabajador en el uso de su salario. Nuestra ignorancia de la miseria del hogar obrero nos llevará a destacar sólo sus vicios. Desconocemos la trágica realidad del padre de familia honesto, sobrio, cargado de hijos y allegados, con su duro, monótono y mal remunerado trabajo, incapaz de alcanzar habitación humana, alimentación adecuada para sí y para los suyos, sin un minimum de alegría en la vida. Eso sí que sabemos ponderar el juego en los Hipódromos, la embriaguez y abandono del trabajo y demás vicios y taras de masas sin cultura ni formación. Con indulgencia, disimularemos la ociosidad de tantas personas acomodadas, que tienen derecho a malgastar su tiempo y su dinero en la vida social sin sentido, cuando no es en vicios dispendiosos, dobles y múltiples hogares y ostentosas bacanales. Sabemos usar muy bien las estadísticas para hacerlas probar todo lo que justifique nuestra insensibilidad social, nuestra ciega obstinación en querer detener el avance arrollador del comunismo con sólo medidas de represión, sin ir a la raíz del mal, como los Papas nos urgen. Ante las directivas pontificias respondemos, que no son aplicables a nuestro país. Si ellas han sido escritas para nuestra nación, alegaremos que la Santa Sede ha sido mal informada, siempre estamos expuestos a este sutil esfuerzo para embotar nuestra sensibilidad cristiana. De este modo no logramos ver la gravísima realidad del momento que vivimos".

#### Frente a la eternidad

Frente a la eternidad, Fernández Pradel fue el mismo que había sido en su vida de aguerrido soldado de Cristo. Miró el paso al otro mundo con la tranquilidad y serenidad que le ofrecía su fe, su sentido realista de la vida y la conciencia tranquila del que ha peleado sin descanso las batallas del Señor. Víctima de una anemia progresiva aceptó ser trasladado a la Clínica de la Universidad Católica. A pesar de su debilidad ofrecía cada día el santo sacrificio; y sólo lo dejó, con gran pena suya, cuando cayó desfallecido en el altar. En noviembre último los médicos le propusieron operarle el bazo para detener la creciente disminución de glóbulos rojos. Era la única posibilidad que se vislumbraba de prolongarle, tal vez, algunos años la vida. Aceptó la propuesta sin hacerse mayores ilusiones. Pidió él mismo

al P. Rector del Colegio que le administrase los últimos sacramentos. Así dispuesto soportó con éxito la operación; al día siguiente decía sonriente a un amigo que le visitaba: "No me hacía ilusiones, estaba preparado para lo que Dios dispusiese".

Pocos días después, se encontraba ya con ánimo para levantarse y celebrar la santa Misa. Abandonó el hospital y se trasladó al Colegio. Cediendo a las instancias de Don Enrique Serrano se dirigió a Pichidegua donde los aires del campo le servirían en la convalecencia. De vuelta en Santiago, en los primeros días de Enero, se sentía débil. Su organismo estaba gastado. Sin embargo, en esas condiciones no dudó en ir a pasar una temporada en Valparaíso: los aires de mar, creía tal vez le ayudarían a recuperarse; en realidad, lo que le movió más bien al viaje fue saludar, sería la despedida, a su amigo de Seminario y compañero de 62 años de vida religiosa, el P. José Tomás Alarcón. En el puerto se le declaró la ictericia que a su edad y en sus condiciones hacía perder toda esperanza humana de recuperación. Enfermo volvió a Santiago, a la Clínica. Siempre optimista presintiendo su fin ya próximo, afrontó la muerte con esa entereza y serenidad que recomienda San Ignacio a sus hijos.

Rehusó constantemente toda prolongación artificial de la vida; pocos días antes de morir, cuando ya casi no podía articular palabra, haciendo un esfuerzo supremo, dijo a la enfermera que iba a aplicarle suero: "quiero morir". En la mañana del viernes 17 de febrero, víspera de su muerte, respondía todavía con rostro sonriente a los que le visitaban. Esa misma tarde, al recibir los últimos sacramentos, apretaba los labios para besar el crucifijo que se le ofrecía. Al día siguiente, sábado 18 de febrero, a las 6 a.m. y minutos, entregaba su alma al Creador.

Hasta el último momento vivió el ideal de su vida: la redención del proletariado. Una de sus preocupaciones más apremiantes de los últimos días era la de proporcionar a los dirigentes obreros ocasión de hacer ejercicios espirituales. Para ello pidió a sus amigos reuniesen un capital que sirviese a este efecto. Quizás una de las mayores satisfacciones que recibió tres días antes de su muerte, el miércoles de ceniza 15 de febrero, fue la noticia que le enviaba desde Roma el P. Julio Jiménez del anuncio hecho por el Papa de la próxima encíclica *Septuagesimo Anno*, sobre la cuestión social en recuerdo del 70 aniversario de *Rerum Novarum*. No pudo formular comentario de palabra, pero la sonrisa y la expresión del rostro e interés mostraron claramente que ese era el mejor regalo para el apóstol cuyo ideal de vida había sido la redención del proletariado.

Junto con Fernando Vives y Alberto Hurtado, Fernández Pradel ha sido uno de los jesuitas que mejor han comprendido la urgencia del problema social y a cuya solución han consagrado generosamente todas sus energías hasta el último momento.

JOSE I. CIFUENTES GREZ, S. J.